

## CAMPESINOS Y OBREROS DENTRO DEL SISTEMA ECONOMICO SOVIETICO

Suele afirmarse que el comunismo creó en Rusia una nueva y poderosa industria, partiendo desde la nada y que, antes de la revolución de 1917, Rusia era un país dedicado a tareas exclusivamente agrícolas. Stalin mismo afirmaba en 1952 que el comunismo tuvo que construir sobre un terreno baldío, ya que la Rusia zarista estaba desprovista por completo de cualquier núcleo industrial. Esto no es más que una leyenda, creada por la propaganda comunista con el fin de demostrar, por un lado, que todo en la Rusia de hoy se debe al nuevo régimen, y, por el otro, que los comunistas, frente a un vacío económico tan impresionante, fueron obligados a imponer un régimen económico de sacrificios para realizar la industrialización del país.

En la realidad, Rusia había llegado en 1914 a un nivel industrial envidiable. He aquí algunos datos interesantes y significativos: en 1887 Rusia había producido 155 millones de pouds (un poud equivale a 16,4 kilos) de carbón, igual que el Japón. En 1913 la producción había aumentado en un 20 por 100. En 1913 Rusia producía 1.100.000 kilovatios de corriente eléctrica, y en 1917 el Gobierno zarista había publicado un plan para la construcción de otras 12 nuevas centrales hidroeléctricas. En cuanto al petróleo, Rusia ocupaba en 1900 el primer puesto en la producción mundial. En 1891 Rusia producía 8.578 toneladas; en 1954 no lograba triplicar esta cifra, a pesar de las necesidades y de los esfuerzos del régimen para aumentar esta producción. En 1913 Rusia producía 110 millones de metros de tejido; en 1930, con una población que había aumentado en 30 millones con respecto a la de 1913, la U. R. S. S. producía sólo 98 millones de metros de tejido.

Estas cifras permiten hacer llegar al lector a conclusiones algo diversas de las que los comunistas hacen circular con respecto al «terreno baldío» representado por la industria rusa antes de la revolución. Es evidente que

la legislación social era deficiente bajo los zares y que el obrero ruso estaba mal defendido frente al Estado y al capital, pero los esfuerzos hechos por los Gobiernos anteriores a la revolución con el fin de mejorar la condición de los obreros han sido notables y a veces más eficaces que los de los comunistas.

*El obrero ruso antes de la revolución.*

La vida de los obreros rusos en los varios centros industriales del imperio se desarrollaba en un ambiente casi liberal, lejos de parecerse al ambiente de los países occidentales de la época, pero evidentemente mucho más elástico que el de hoy. He aquí un cuadro de las principales huelgas registradas en Rusia entre 1896 y 1900:

En 1896	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	68	huelgas
En 1897	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	118	»
En 1898	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	215	»
En 1899	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	189	»
En 1900	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...	125	»

Hoy no hay huelgas en la U. R. S. S. La vida sindical había empezado a manifestarse y a tener su importancia dentro de un sistema que, poco a poco, se dirigía hacia la liberalización.

Apenas estallada la revolución, los Sindicatos aumentaron su número y su potencial. La primera tendencia comunista fué la de disponer la formación de comités de fábrica, con objeto de realizar el *control obrero* de la industria en todo el país. Sin embargo, fueron las tendencias socialistas las que gozaban de la simpatía de los obreros en 1917 y no las comunistas de Lenin. Esto resulta del hecho de que los obreros no participaron en el golpe del 7 de noviembre de 1917. Algunos Sindicatos llegaron hasta a ponerse en huelga para protestar en contra de dicho golpe, que aseguraba a los bolcheviques el poder absoluto. El 14 de noviembre Lenin publicaba un decreto en el que, haciendo suyas las ideas de los socialistas revolucionarios, sus rivales, proclamaba el control de los obreros sobre la industria. Durante los trabajos del VII Congreso del partido, en marzo de 1918, Lenin indicaba ya el verdadero camino que los obreros habrían de seguir y que rompía con los principios del año precedente. Aquella fecha, marzo de 1918, constituye el principio de los males y de los abusos. El obrero había dejado de ser la clase dirigente en la nueva Rusia. Decía Lenin:

«Las organizaciones obreras (Sindicatos, Comités de empresa, etc.) administran en el plan nacional la organización socialista de la producción bajo la dirección general del Gobierno soviético.» La evolución ulterior ha puesto de relieve el significado de esta medida. «... bajo la dirección general del Gobierno soviético», el obrero ha perdido cualquier derecho en la Unión Soviética, transformándose en un instrumento ciego, exento de derechos. En su libro *La nueva clase*, el dirigente comunista yugoslavo Milovan Djilas demuestra que el verdadero dueño de todas las riquezas del país no es el obrero o el ciudadano soviético en general, sino una minoría del partido, una *nueva clase* precisamente, propietaria exclusiva y absoluta de todos los bienes materiales del país. Nunca en la historia del mundo se ha llegado a un absolutismo económico tan tiránico y exclusivista, y nunca se llegó a establecer una diferencia tan grande entre la clase dominante y la dominada. Esta situación abusiva es el resultado directo del rumbo que Lenin dió al país en marzo de 1918.

El resultado de esta política de nacionalización absoluta y de control tiránico del Estado se ha hecho ver en seguida. Mientras en 1913 la producción de la gran industria alcanzaba un valor de 6.391.000 millones de rublos, en 1918 había bajado a 2.160.000 millones; en 1919, a 955.000 millones, y en 1920, a 818.000 millones de rublos. En 1913, la gran industria empleaba 2.592.000 de obreros; en 1920 no había en la nueva industria soviética más que 818.000 obreros. El obrero, aterrorizado por el hambre, los malos salarios y al mismo tiempo empujado hacia el campo por la esperanza de vivir mejor, abandonaba la ciudad. Muchos obreros volvían a sus tierras de origen, muchos otros entraron a formar parte del ejército o de la nueva burocracia. La revolución de los obreros, como solía decirse, se transformaba ya en un régimen militar y burocrático.

Fué en aquella época cuando Trotski lanzó la idea del trabajo obligatorio, instituido para remediar el mal provocado por la huida de los obreros. Las víctimas de las nuevas medidas tenían que ser los aristócratas, los burgueses, todos aquellos elementos de la sociedad considerados como no productivos, obligados ahora a incorporarse en la tarea social. En realidad, las víctimas del nuevo rumbo trotskista, aprobado por Lenin y los demás, fueron los obreros. En 1920 fueron creados dos ejércitos de trabajadores, y cada obrero, en toda la U. R. S. S., *fué obligado* a cumplir un determinado trabajo, sin lo cual, decía Trotski, no es posible hablar de socialismo. Sin embargo, la situación no mejoró. En 1921 estalló en todo el país una serie de huelgas. En Petrogrado la miseria era grande, y la primera huelga

se produjo el 23 de febrero de 1921, cuando los obreros salieron a la calle para protestar contra el Gobierno. La primera medida de éste fué la de enviar las tropas en contra de los huelguistas, igual que hizo Kruschew en Budapest, en octubre de 1956, y que el zar en 1905. Lo curioso es que aquellos obreros *vencedores*, pertenecientes a un régimen socialista, pedían al Gobierno las mismas cosas que los sublevados y huelguistas de 1905: la liberación de los presos políticos, la libertad de palabra, la supresión de las barreras que impedían a los obreros comprar patatas en el campo. Los huelguistas fueron encarcelados y deportados.

Pero estas huelgas dieron que pensar a Lenin, y fué entonces cuando el régimen inauguró una nueva fase económica, conocida como la N. E. P., fase que permitió a la nueva sociedad soviética ciertas libertades económicas y produjo cierta distensión interior. La época de Stalin fué un nuevo retorno hacia los métodos primitivos del comunismo. La clase obrera llegó en 1926 a 117 millones, pero su poder político o económico era nulo. El poder político lo ejercía la oligarquía del partido, el poder económico estaba en manos de la dirección de las empresas. Un decreto de 3 de marzo de 1923 abolía el trabajo obligatorio, pero una resolución del XI Congreso del partido afirmaba que «cualquier intervención de los Sindicatos en la gestión de las empresas tenía que ser considerada de manera tajante como injuriosa y prohibida». De este modo, el obrero perdía cualquier derecho a decidir su propia suerte en un Estado llamado «de los obreros». La burocracia del partido se transformaba, definitivamente, en el amo de la economía soviética. La *nueva clase se instauraba en el Poder, menospreciando los principios del marxismo y las ideas base de la revolución.*

### *La situación de la clase obrera.*

La clase obrera de la U. R. S. S. es numéricamente dominante, según una estadística oficial de 1956. Los obreros trabajando en la producción industrial llegan a 14.275.000, más 1.543.000 de ingenieros y técnicos y 752.000 empleados. El número total de los asalariados en la U. R. S. S. es de 55 millones. Esta importancia cuantitativa no otorga a la clase obrera ninguna preeminencia política. Era de esperar que sucediera así en un Estado que evolucionó con rapidez, como describe Djilas, desde la dictadura revolucionaria hacia el despotismo reaccionario. Es verdad que existen los Sindicatos en Rusia, a los que la adhesión es libre en principio y obligatoria en la realidad, pero estos Sindicatos, sometidos al partido por el sistema de las «fracciones comunistas», tienen la posibilidad de proteger

a los adheridos y de dejar fuera del campo de trabajo a los no adheridos. Según este sistema, el partido controla toda la vida sindical y hace «injuriosa y prohibitiva» cualquier libre intervención del Sindicato en la existencia cotidiana de las empresas. He aquí un ejemplo de cómo ejercen estos Sindicatos politizados su misión en el marco de la vida laboral soviética:

La «Carta del Trabajo» de 1922 garantizaba a los obreros el pago íntegro de su salario a los que se ausentaban durante los periodos de incapacidad de trabajo (accidentes, enfermedades, etc.). En 1929 el pago fué limitado a los casos de enfermedad que sobrepasaban los quince días de duración ininterrumpida. En casos de enfermedades más cortas, el pago íntegro se otorgaba sólo a los obreros que tenían tres años en la empresa. En 1931 el pago integral pudo ser otorgado sólo a los obreros pertenecientes al Sindicato y que tenían más de tres años en la empresa. En 1938, una decisión del Consejo Central de los Sindicatos rezaba como sigue: El seguro social «podía aplicarse a los obreros de choque y a aquellos que pertenecían desde hacía mucho tiempo a la plantilla». Una decisión del Consejo de los Comisarios del Pueblo de 1938 fijaba en un mínimo de seis años el plazo necesario para que los obreros pudiesen tener derecho al seguro social; seis años en la misma empresa. La misma decisión afirmaba que los obreros licenciados por infracción a la disciplina del trabajo, por delitos o por haber abandonado el trabajo por iniciativa propia, perdían cualquier derecho al seguro. Una decisión de 1948, en fin, aumentaba a ocho años el plazo, dentro de la misma empresa, que daba al obrero enfermo o accidentado derecho al seguro social y al pago íntegro de su sueldo.

La condición del obrero en la U. R. S. S. no es la de un obrero occidental. Sus Sindicatos son construcciones artificiales, y no han sido reconocidos como tales por los Sindicatos libres occidentales durante la convención de Ginebra. Puede afirmarse que la vida laboral soviética se desarrolla bajo un régimen de «convención colectiva», igual que en los demás países. ¿Cuáles son las condiciones que rigen la realidad de una «convención colectiva»? Son las siguientes: derecho del interesado a determinar las condiciones del trabajo, representación obrera independiente, derecho a la huelga, garantías para la aplicación de los acuerdos concluidos. Estas condiciones no existen en ninguno de los países de más allá del telón de acero, y menos todavía en la U. R. S. S.

En un libro aparecido hace poco (*Convenciones colectivas y realidades obreras en la Europa del Este*, por Paul Barton), se nos ofrecen, según datos oficiales recogidos en las publicaciones soviéticas, los verdaderos as-

pectos de este interesante problema. Las organizaciones obreras aparecen como esclavas del Estado patrón. Ninguna «convención colectiva» en la Unión Soviética y los países satélites habla de las condiciones en que un obrero puede conseguir un trabajo y de las condiciones en las que ha de integrarse en una empresa. Tampoco se habla algo de la manera en que ha de ser licenciado, de la duración del trabajo, de las vacaciones pagadas, de la prohibición de emplear mano de obra femenina o infantil. Tampoco se dice algo acerca de los salarios y jornales. En cambio, hablan profusamente de las obligaciones del obrero hacia el Estado-patrón.

En cuanto al nivel de vida de los obreros en la U. R. S. S., es inútil insistir sobre ello. Sabido es que en la época en que vivimos es uno de los más bajos. Hace cuarenta años que el Estado promete «mejoras sustanciales», pero estas promesas no se cumplen jamás. La miseria para todos —salvo para la «nueva clase» dominante— es uno de los aspectos del terror. Sin el terror que el Estado ejerce sobre todos los ciudadanos, el régimen, según lo ha demostrado Djilas, no puede sobrevivir. Bastó, en efecto, el corto intermedio del «deshielo», preconizado por Krushev en sus primeros meses en el Poder, para provocar una verdadera revolución en todo el imperio soviético. Polonia y Hungría se sublevaron, y los que más combatieron a las tropas rusas y a los policías nacionales fueron los obreros, mientras en Rusia los estudiantes y los obreros empezaban a moverse pidiendo condiciones de vida humana en cuanto a la libertad de la enseñanza y a los derechos al seguro social se refiere. El régimen comunista tuvo que hacer marcha atrás y volver a los principios del stalinismo para poder sobrevivir, lo que demuestra una vez más que el comunismo no goza de ninguna popularidad en los países donde se ha adueñado del Poder y que los obreros son sus enemigos. Stalin prometió varias veces un mejor nivel de vida a los obreros, pero estas promesas no se han cumplido nunca. Krushev prometió, además de mejoras materiales, más libertad política y sindical. Pero estas libertades y mejoras son el mayor peligro para el régimen, obligado a mantenerse fiel al terror inicial para poder seguir gobernando apoyado exclusivamente en la Policía y los tanques.

Sin embargo, hay otra causa, de orden aparentemente económico, que obliga el régimen a mantener a los obreros en un estado de miseria permanente: la crisis sin solución de la economía soviética. La causa de esta crisis es doble: en primer término, la industria soviética es una industria no rentable, en la que el coste de producción sobrepasa siempre las posibilidades de colocar en el mercado las cantidades industriales producidas.

La planificación de la economía soviética produce, de manera permanente, una situación de despilfarro que el Estado está obligado a remediar, pagando los gastos producidos con medios que tiene que improvisar incesantemente. Un tractor soviético, por ejemplo, viene a costar mucho más que un tractor alemán, italiano o norteamericano, ya que la falta de una ley de la demanda y de la oferta, posible sólo en el marco de una economía libre, permite al productor unos gastos sin control y sin límite. Una vez producidos, los bienes—nos basta aquí el ejemplo de los tractores—son mal utilizados y vienen a gastarse antes aún de haber sido utilizados. Un agricultor italiano cuida de su tractor, el que ha comprado con el sudor de su frente, mientras que la unidad abstracta que es el «koljoz» no tiene ningún interés en cuidar de los tractores que les han sido entregados por otra unidad abstracta, cuyo mayor cuidado es el de cumplir con las normas del plan quinquenal y no con las necesidades del mercado. Debido a estos motivos, el Estado soviético se encuentra cada año con unas enormes pérdidas, a las que soluciona sacrificando el bienestar de todos.

En segundo término, la economía soviética atraviesa la peor época de crisis de su historia, debido a un hecho ya estudiado por los economistas. Este hecho es el siguiente: para hacer frente al despilfarro característico de una economía tan centralizada como la soviética, el Gobierno comunista se ha podido salvar hasta ahora explotando al máximo lo que se llamó «la técnica del pillaje». Esta técnica salvó a la revolución de su primera fase, cuando, obedeciendo las sugerencias del economista Preobrajenski, Stalin se apoderó de todos los bienes del pueblo ruso, transformando el Estado soviético en el único propietario de la nación. Las industrias, los comercios, la tierra, el ganado, entraron a formar parte del patrimonio del Estado, que lo administró de tal manera que en 1940, en la vigilia de la guerra, la U. R. S. S. se encontraba al borde del desastre económico y de la bancarrota. Fué salvada por Norteamérica e Inglaterra, que le procuraron durante cuatro años todo lo que necesitaba para sobrevivir y para resistir los ataques de los alemanes. Después de la guerra, la política del pillaje continuó con mayor éxito, ya que la U. R. S. S. disponía de nuevos territorios, los países bálticos, parte de Polonia, la Prusia oriental, la Besarabia, etcétera, territorios que fueron saqueados en poco tiempo. Siguiéron luego los países llamados «satélites», cuyo saqueo duró otros cuatro o cinco años, hasta que todos sus recursos fueron agotados. La miseria de los «satélites», cuyos bienes iban a mantener en vida la artificial estructura de la economía soviética, llegó a ser tan grande como para provocar las rebeliones de

Alemania oriental, en 1953, y de Polonia y Hungría, en 1956. Hoy en día nada queda libre de saqueo en el infinito espacio del imperio soviético. De aquí la política de la sonrisa, inaugurada por Kruschev, cuya única posibilidad fué la de conseguir en Occidente, mediante pactos engañosos, lo que la misma Rusia había dejado de poseer. Si los países occidentales dejaran de abastecer a Rusia de maquinaria y productos de toda clase, la economía soviética se vendría abajo en un plazo muy corto. Las medidas preconizadas hace pocos años por Kruschev, el cual envió a Siberia equipos de voluntarios con el fin de trabajar las tierras vírgenes, dió poco resultado, ya que la U. R. S. S. no necesita sólo de una mejor cosecha agrícola para salvar su economía, sino de una ayuda masiva que permita realizar el mismo milagro que el de la política del saqueo.

Es evidente que ante tal desastre la vida del obrero sea tan mísera y el nivel de vida tan bajo. De otra manera no se explica el hecho de que el país mayor y más rico de la tierra viviese, en pleno siglo xx, en la miseria en que vive actualmente. La evolución económica en una Rusia zarista o sencillamente liberal hubiera permitido a los obreros rusos alcanzar todos sus ideales de tipo social y material. La revolución comunista, al abandonar forzosamente el antiguo sistema y al saquear todos los bienes de la nación, con el fin de realizar los mandamientos económicos de Marx y de Lenin, destruyó el orden sin ninguna posibilidad de engendrar un orden nuevo valedero para la mayoría del pueblo. Si la «nueva clase», la de los jerifaltes políticos, ignora la miseria, esto no justifica la miseria de los demás, de los obreros sobre todo, cuya situación se refleja de manera verdaderamente trágica en el libro de Vladimir Dudinzev *No sólo de pan vive el hombre*, libro escrito en plena crisis económica. En otro libro, escrito durante estos últimos años, el escritor soviético Boris Pasternak (el libro ha sido prohibido en la U. R. S. S. y pudo ser publicado sólo en los países occidentales) opina lo siguiente sobre la colectivización, raíz de todos los males de tipo económico de los que sufre la Rusia actual: «Yo creo—dice uno de los personajes de la novela de Pasternak que la colectivización ha sido una medida falsa, fracasada, y que el error no podía ser reconocido. Para esconder el fracaso hubo de actuar de tal forma, con los medios del terror, que la gente desaprendiese a pensar y a juzgar, para obligarla a ver lo que no existía y a demostrar lo contrario de lo evidente.»

En efecto, la política interior de los soviets fué la que esboza Pasternak en la frase citada. Para que la gente no se diera cuenta del desastre, intervino la propaganda y el terror. La propaganda, para demostrar lo contrario



de lo evidente, y el terror, para asustar y hacer callar a los que seguían pensando y juzgando. El fracaso de esta economía, cuyas primeras víctimas fueron siempre los obreros, ha sido oficialmente reconocido hace poco tiempo, cuando el mismo Gobierno soviético abandonó el último plan quinquenal, lanzado a principios de 1956. El nuevo plan quinquenal tuvo que ser reducido a un plan más modesto, ya que la economía soviética, pauperizada por el sistema, no tiene la posibilidad de seguir adelante y se ve amenazada por una crisis que puede ser fatal. Este fracaso coincidió, de manera elocuente, con el 40 aniversario de la revolución comunista.

*El calvario de los campesinos.*

«La cuestión campesina es la cuestión social de Rusia», escribe Gonzague de Reynold en su libro *El mundo ruso*. El campesino ruso fué siempre un esclavo, desde que existe Rusia. «El origen psicológico de la servidumbre—escribe el autor citado—radica en el temperamento inestable del ruso, temperamento que le insta a cambiar continuamente de lugar, a perderse en la inmensidad que tiene permanentemente ante sus ojos. Su origen económico está, en reacción contra esta tendencia, en el esfuerzo por retener al campesino en la tierra, al punto de transformarlo, como la tierra misma, en propiedad. Su origen social se descubre en el hecho de que hallándose el propietario del suelo afectado al servicio del zar durante casi toda su vida, debía contar para cultivarla, en su lugar, con campesinos afectados a su servicio, como él mismo lo estaba al del Estado.» Y más adelante: «Este origen social de la servidumbre nos muestra que el esqueleto de Rusia... es la tribu bárbara, con sus dos simplísimas divisiones: los libres y los no libres. Los libres son el rey y los guerreros; los no libres, los siervos y los esclavos, encargados de asistir al rey y a los guerreros. Ese cuerpo de gigante poseyó siempre una osatura de enano.»

La huida del campesino ruso, exasperado por la opresión de sus amos, hacia tierras libres, es decir, hacia la inmensidad del Este, de los Urales y de Siberia, explica la expansión de Rusia hacia lugares que el zar mismo no hubiese nunca pensado conquistar. Detrás del campesino que huía venía el noble necesitado de mano de obra. Un dominio se establecía en el sitio donde el noble, a su vez esclavo del zar, lograba encontrar a los fugitivos, los cuales, después de algunos años, escogían otra vez la libertad hacia el Este. El juego seguía adelante y Rusia extendía sus fronteras, pero el ré-

gimen no cambiaba. El campesino caía siempre bajo el dominio del que lo perseguía en su fuga, y volvía a fugarse. Para impedir estas fugas, el zar promulgó en 1646 el famoso decreto que declaraba al campesino definitivamente encadenado a la tierra. Fué en aquel momento cuando el campesino ruso perdió, junto con sus bienes, toda libertad.

En 1861 una ley declaraba la liberación de los campesinos. Pero hasta 1907 esta ley no cambió mucho la situación. La reforma agraria de Stolypin dió parte de la tierra rusa a los campesinos, y en 1916, durante la primera guerra mundial, 6.200.000 familias poseían su propiedad individual. Esta reforma, de no haber intervenido la revolución comunista, hubiera probablemente cambiado el aspecto social y económico del imperio ruso. Los primeros en oponerse a esta reforma que transformaba al campesino en propietario fueron los socialistas, cuya meta era la socialización. El mismo Lenin tomó posición en contra de la reforma, a la que acusaba de transformar al campesino ruso en un burgués capitalista. Pero ante la realidad de los hechos, es decir, ante el deseo manifiesto de todos los campesinos de transformarse en propietarios de las tierras que cultivaban, Lenin cambió de táctica, y el 8 de noviembre de 1917 leyó el «Decreto sobre la tierra», en el que proclamaba una nueva reforma agraria, según la cual la tierra era declarada propiedad de los campesinos. Merced a este decreto, Lenin se ganó las simpatías de los campesinos. Sin embargo, el período de paz y buen entendimiento entre el Gobierno comunista y la clase agrícola duró poco. La tierra, fraccionada, producía menos que la tierra controlada por los nobles. Las ciudades se veían amenazadas por el hambre. Asustado por este nuevo espectro, que hubiera podido ser combatido en el marco de una economía menos improvisada y artificial que la soviética, Lenin declaró que la revolución agraria se veía obligada a pasar desde una *fase burguesa* a una fase socialista y proletaria. Y en abril de 1918, un año después de haberse proclamado el «Decreto sobre la tierra», el Estado obligó a los campesinos a entregarle todo «el sobrante» de la producción agrícola. El Estado mismo era el que fijaba los precios de este «sobrante». Comités especiales vigilaron la cosecha y las operaciones de recolección. Pero los Comités cometieron tantos abusos que un decreto de diciembre de 1918 los disolvió, lo que no puso fin a los abusos, ya que los Comités siguieron ejerciendo su tiranía local de manera privada, recolectando las cosechas por su propia cuenta y beneficio. Los campesinos se sublevaron en muchas regiones y tomaron las armas para defenderse de los Comités. En otros sitios, los campesinos pobres, protegidos por las nuevas medidas, entraron en

conflicto con los campesinos ricos y la superficie de la tierra labrada fué cada vez menor. En 1913 se habían sembrado 105 millones de hectáreas; en 1917, sólo 96,5 millones, mientras que en 1921-22, la superficie labrada bajaba a 81,6, y a 68,8 millones de hectáreas en 1922-23.

Impresionado por el descontento de los campesinos por un lado, y por el de los habitantes de las ciudades, que vivían bajo el terror permanente, por el otro, Lenin cambió otra vez el rumbo de su política, haciendo nuevas concesiones ideológicas. El 15 de marzo de 1921 Lenin proponía, ante el X Congreso del partido comunista, la abolición de la entrega obligatoria y el restablecimiento de un mercado más o menos libre para los productos del campo. Así empezó el período de la N. E. P. Pocos años antes, Lenin había proclamado: «La libertad de los cambios quiere decir libertad para el comercio, y la libertad del comercio significa el retorno al capitalismo.» Pero la necesidad apremiaba, y el comunismo tuvo que «volver al capitalismo» para salvarse. Mientras tanto, Rusia había dejado de ser el granero de Europa.

Después de la muerte de Lenin, el comunismo soviético emprendió nuevos rumbos. En diciembre de 1929 Stalin proclamaba «la liquidación de los *kulaks* (es decir, de los campesinos propietarios) en cuanto clase social». Los campesinos fueron obligados a entregar sus tierras al «koljoz». Hasta marzo de 1930 la mitad de las empresas agrícolas individuales fueron colectivizadas. Y esto se realizó con una brutalidad sin precedentes. Empezaba la época del stalinismo en la historia de Rusia.

La reacción de los campesinos fué inmediata: prendieron fuego a las cosechas, mataron el ganado, atacaron a los enviados del partido. Las represalias se desencadenaron como una oleada de terror sobre todo el país. Seis millones de campesinos perecieron, víctimas de las violencias ordenadas por Stalin. En 1938, el 93 por 100 de las granjas pertenecían a los koljoes. El resultado de esta política fué catastrófico: en 1930 se habían cosechado 835 millones de quintales de trigo, 698 millones en 1932, en 1929 había 67 millones de cabezas de ganado vacuno, y sólo 38 millones en 1933. Pero las cifras son más elocuentes todavía si comparamos la situación del ganado de la Rusia zarista con la de la U. R. S. S. de hoy. Había en 1916 58,4 millones de cabezas de ganado vacuno en Rusia, y sólo 56,6 millones en 1953 (la población en Rusia era de 140 millones en 1914 y de 200 millones en 1953); había 38,2 millones de cabezas de ganado equino en Rusia en 1916 y sólo 15,3 en 1953. Durante largos años el hambre se apoderó de la U. R. S. S. y el país logró sobrevivir sólo merced a la

ayuda de los países occidentales. Stalin lo sacrificó todo para que la ortodoxia ideológica del marxismo fuese salvada. La ortodoxia fué salvada, pero murieron millones de seres humanos. Este sacrificio fué vano, ya que el país se encuentra hoy en la misma situación: la colectivización se ha manifestado como desastrosa, y la U. R. S. S. tendrá que enfrentarse con un período de crisis tan grave como el de 1930.

Basta observar los últimos acontecimientos para darse cuenta de que la situación de la agricultura soviética no ha cambiado mucho desde Stalin, y tampoco la de los campesinos. En octubre de 1952 Malenkov afirmaba que el problema del trigo había sido definitivamente resuelto en la Unión Soviética (hubo ingenuos comunistas occidentales que lanzaron en el mundo la gran noticia de que el pan en la U. R. S. S. iba a repartirse gratuitamente a todos los ciudadanos). Esto quería decir que, por fin, la Unión Soviética disponía de trigo suficiente, lo que no era verdad, ya que dos años después Kruschev desencadenó una campaña desesperada en Siberia, enviando «a las tierras vírgenes» decenas de miles de jóvenes «voluntarios». Esta campaña, producida por la escasez del trigo, no dió resultados. Una nueva oleada de terror fué desencadenada en 1956, enviándose al campo 300.000 activistas del partido, destinados a ocupar los puestos directivos en los koljoses, con el fin de tratar por todos los medios de aumentar la producción. En lugar de volverse, como en Yugoslavia, hacia la explotación individual de la tierra, la U. R. S. S. se empeña en insistir en sus errores. Con cada nuevo fracaso, el Gobierno da un nuevo paso hacia la colectivización más rigurosa. Y la producción, en lugar de aumentar, decrece paulatinamente, contradiciendo cada año todas las falsas previsiones de los expertos soviéticos.

#### *Los nuevos rumbos de la economía soviética.*

Ante una situación tan precaria, los dirigentes soviéticos se han decidido, desde hace dos años aproximadamente, a introducir ciertas reformas, tanto en la industria como en la agricultura del país. Esto no quiere decir, sin embargo, que la economía soviética esté dirigiéndose hacia el capitalismo o el laborismo, como se pensó en un primer momento. Lo mismo se dijo de Beria, considerado como un verdadero liberal después de la muerte de Stalin, y de Malenkov, considerado como el enemigo de la industria pesada y como un «suavizador» del comunismo. El comunismo no puede liberalizarse, ya que esto, cómo lo demostró Djilas en su libro, significaría

su fin inmediato. En el marco, pues, de los antiguos principios económicos marxistas, Krushev y su equipo trataron, y siguen tratando todavía, de arreglar lo irreparable. La solución fué la siguiente: reemplazar el Estado con el partido, tanto en los koljoses como en la industria. Esto provocó el entusiasmo inicial de todos aquellos especialistas occidentales, cuyo único sueño e ideal es el de la «liberalización» del comunismo, en la que creen firmemente desde la muerte de Stalin. En realidad, el Estado es el partido, de manera que la reforma de Krushev no representa más que uno de los antiguos trucos de la técnica comunista, con la agravante, actualmente, de que el truco pretende salvar la grave situación en la que se encuentra la Unión Soviética desde el punto de vista económico. En otras palabras, se trata de lo siguiente:

*En el sector agrícola*, la iniciativa de la reforma correspondió a Krushev, quien se dió cuenta, ya en 1950, de que la poca rentabilidad de los koljoses se debía a la falta de control político de los mismos. Los campesinos trabajan sin entusiasmo en una institución que es, en el fondo, para ellos una especie de inmensa tumba de todas sus propiedades y libertades. Además de esto, pocos campesinos pertenecen al partido, de manera que en muchos koljoses faltaba el control director y el empuje político necesario para que la falta de entusiasmo de los trabajadores sea sustituida por el terror. La idea de Krushev fué la de concentrar varios koljoses en uno sólo y de constituir de esta manera «agrociudades» dirigidas por hombres enviados desde Moscú. A principios de 1950 había en la UR<sup>S</sup> 254.000 koljoses, se había formado una «agrociudad», dirigida, según declaraciones de Krushev, por unos 70.000 activistas, miembros del partido, ocupados en hacer ejecutar las órdenes recibidas desde Moscú.

Sin embargo, esta reforma de tipo más bien político que técnico, no infundió a los campesinos el entusiasmo necesario para que aumentase la producción en el campo. En 1953, la situación se había vuelto de repente tan catastrófica que el Soviet Supremo decidió rebajar los impuestos de los koljosianos, y pocos meses más tarde, de aumentar los precios de los productos agrícolas. La producción aumentó algo, pero el Estado no se encontró de ninguna manera beneficiado, ya que el aumento de precio de los productos en el marco de una economía no rentable significa que es el Estado el que tiene que pagar la diferencia entre el antiguo y el nuevo precio, puesto que el Estado es en la U. R. S. S. el único comprador de todos los productos. Un aumento de los precios quiere decir nuevos gastos para el Estado. La pérdida anual en el sector de la agricultura aumentaba.

El equipo de Kruschew fué obligado a imaginar otra reforma, destinada a proporcionar al Estado nuevos fondos. Esta reforma consistió en vender a los koljoses los tractores pertenecientes a los centros agrícolas motorizados (M. T. S.), existentes en todas las regiones agrícolas del país. Según declaraciones oficiales, las M. T. S. disponían a fines de 1956 de 681.000 tractores, de 565.000 arados autotraccionados, de 264.000 cosechadoras-batidoras, etc. Las cifras son impresionantes, pero según datos ofrecidos por la misma Prensa soviética, la tercera parte de este material es inutilizable, y los dos tercios restantes se encuentran en un estado deplorable. «Los tractores, los combinados, las demás máquinas agrícolas—escribe Lucien Laurat en «Est et Ouest» (París, núm. 194)—no son ni cuidadas ni reparadas; durante el invierno se las deja bajo la nieve, en el barro helado; piezas importantes desaparecen, perdidas o robadas. Muchas máquinas se quedan sin utilizar durante varios años.» A pesar de esto, Kruschew indicó en un discurso que el valor de esta maquinaria agrícola era de 20.000 millones de rublos. A este precio tendrán que pagar los koljoses el material que les será cedido por las M. T. S. Según los cálculos, siempre optimistas e imaginarios, de los dirigentes soviéticos, los fondos de los que disponen los koljoses eran de 98.000 millones de rublos en 1957. Esta cifra presupone una riqueza a la que el Estado soviético recurrir en un momento de crisis para conseguir el dinero que necesita. Visto que este año no habrá empréstito forzado, como en los años anteriores, el Estado soviético realizó las cantidades de dinero que necesitaba vendiendo a los koljoses la maquinaria de las M. T. S. La operación puede parecer ventajosa desde un doble punto de vista: 1) Los koljoses, transformados en propietarios de la maquinaria, trabajarán mejor y producirán más. y 2) El Estado realizará un buen negocio. En realidad, se trata, como siempre de un «pillaje», ya que el precio fijado por Kruschew sobrepasa el valor de este material agrícola. Además, el koljoz transformado en propietario no representa para el campesino ningún aliciente, ya que la maquinaria sigue perteneciendo a una entidad colectiva. El campesino no trabajará más ni mejor con una maquinaria que no es de él, igual que antes, y en una tierra que no le pertenece.

*En el sector industrial*, las reformas han sido tan vistosas y tan poco eficaces como en el agrícola. La reforma industrial del 1 de julio de 1957 preveía la supresión de 141 ministerios y centrales pertenecientes a las Repúblicas «asociadas», lo que supone una reducción de 56.000 en el número total de los empleados técnicos y que representa, según cifras oficiales,

un ahorro en el balance de 600 millones de rublos. La reducción es modesta, teniendo en cuenta el balance soviético y el número de los empleados pertenecientes a la burocracia mayor del mundo.

Por el otro lado, dicha reforma trataba de descentralizar la industria, creando centros industriales regionales, dentro del marco de una especie de autarquía regional. La medida no dió resultado hasta ahora, ya que dificultades que provenían de la centralización fueron sustituidas por dificultades regionales. En efecto, entre cada región industrial aparecieron en seguida verdaderas murallas y barreras, en lo que al abastecimiento de materias primas se refiere.

«La raíz del mal—escribe Lucien Laurat en la revista citada—está en la rentabilidad deficiente de todos los sectores de la economía soviética, incapaz de financiar por sus propios medios las enormes inversiones impuestas por una industrialización forzada, orientada sobre todo hacia la industria pesada y el rearme acelerado. Mientras el pillaje de los vecinos, directa o indirectamente anexionados, producía fondos suplementarios, la rentabilidad de la economía soviética no era más que una cuestión secundaria: se despilfarraba en la U. R. S. lo que se tomaba a los vecinos. Ya que el pillaje se hizo difícil desde 1953 y casi imposible desde 1956, el Kremlin está obligado a sanear su economía para hacerla rentable.»

Y una de sus maneras de sanear es la de venderse a sí mismo sus propios tractores...

### *Obreros, campesinos y «sputniks».*

En el momento en que los sabios soviéticos lanzaban al espacio el primer satélite artificial de la tierra, se dijo, con amarga ironía, que esta hazaña fué posible puesto que la U. R. S. S. disponía ya de varios satélites «naturales», que habían permitido, merced a su ayuda «voluntaria», el lanzamiento de los «artificiales». Esto es cierto sólo en parte. En efecto, la ayuda que la economía soviética había recibido del pillaje de sus satélites, o sea, de los países que había integrado por la fuerza en su órbita económica y política, había sido notable. Desde 1944 hasta 1956, aproximadamente, la economía soviética vivió de esta cuantiosa contribución. A pesar de todas las riquezas que confluían de todas partes hacia el imperio soviético, los rusos no vivieron mejor que antes, ni en los últimos años del reinado de Stalin, ni bajo Malenkov o Kruschev. Todo el inmenso caudal que afluyó a Rusia durante estos últimos años fué a parar a las arcas vacías.

del Estado y a las del partido. Gran parte de esta riqueza robada a las llamadas «Repúblicas populares», fué utilizada para que la U. R. S. S. pudiera arrojar al espacio antes que Estados Unidos el primer satélite artificial. El esfuerzo, para una economía arruinada y tambaleante, fué inmenso, y esto puso nuevas trabas en la evolución del bienestar de los obreros y de los campesinos. En lugar de construir viviendas, en un país donde la crisis de la vivienda es más grave que en cualquier otro; en lugar de mejorar la vida de todos, tal como debería suceder en un país «comunista», el partido ha hecho todo lo posible para que la industria soviética lanzara su «sputnik» seis o siete meses antes que la norteamericana. Este record, inútil para la Humanidad, pero momentáneamente útil para la propaganda política de un partido totalitario, cuya meta no es el bien de los hombres, sino el dominio y la opresión, ha costado al Estado soviético tanto como una guerra. La producción de los «sputniks» ha sido costeadada por el obrero ruso, por el campesino de los koljoses y por los países «satélites». El único beneficiado ha sido el partido comunista, «la nueva clase», cuya única probabilidad de salvación en medio de la creciente hostilidad del mundo y ante el caos económico en el que está hundiendo a Rusia y a su imperio, es la conquista de los países libres, «la revolución mundial», el éxito desde el exterior. Poco importa a los jerifaltes de Moscú si un traje en una tienda de Leningrado o de Odesa vale más que el sueldo de un obrero calificado y si un kilo de azúcar resulta inaccesible; poco importa si los obreros viven alrededor de las flamantes fábricas de Siberia y de los Urales, y de la misma Rusia, en chozas inmundas, tal como las describe Dudinzev en su novela; poco importa si el campesino trabaja una tierra que no es suya y, según un reciente decreto, cobra por sus productos precios injustos; poco importa, en fin, si el terror sigue rigiendo a una sociedad «paradisiaca» que ha cumplido cuarenta años de vida sin que nada haya cambiado desde el punto de vista político y social. Lo importante es el «sputnik», el récord de la primacía en el espacio, con el fin de que los demás países tengan la ilusión del poderío y del progreso soviéticos.

Sin esfuerzo económico alguno, Estados Unidos ha lanzado cinco o seis satélites artificiales pocos meses después de Rusia. El gran esfuerzo soviético no ha servido para nada, ya que el éxito propagandístico ha durado tanto como la primacía del «sputnik» en el espacio. Unos meses. Para conseguir este éxito, el partido comunista ha impuesto a los ciudadanos de la U. R. S. S. y de los países oprimidos sacrificios ingentes, cuyo resultado práctico ha sido, hasta el final, nulo. Occidente puede lanzar al espacio



tantos satélites cuantos quiera sin que la gente note ninguna merma en el nivel cotidiano de la vida económica. La U. R. S. S. inmoló años de bienestar a los suyos con el fin de que los marroquíes y los negros togoes exclamasen: «¡La U. R. S. S. ha creado una nueva luna!».

De este modo, durante sus cuatro decenios de vida, el régimen comunista ha conseguido múltiples éxitos propagandísticos, pero ninguna mejoría convincente. Y si alguien la ha pedido, su voz ha sido apagada por las ametralladoras, como en Hungría, o con las amenazas, como en Polonia. Lo que ha sucedido durante el mes de junio de 1958 en Polonia es más que elocuente: después de su pacífica revolución de 1956, Polonia había conseguido emprender lo que se llama «el camino nacional del comunismo». Los obreros se habían apoderado de las fábricas, constituyendo comités de empresa; los campesinos habían abandonado los koljoses y se habían repartido la tierra que les pertenecía, los escritores habían recuperado su libertad y volvían a escribir la verdad en sus periódicos y en sus libros. Hasta consiguió Polonia un empréstito de los Estados Unidos. Pero esta seudolibertad duró menos de dos años. A fines de junio de 1958 Krushev concentró tropas en las fronteras de Polonia y amenazó a Gomulka con la invasión si Polonia seguía en su camino y si el primer ministro se negaba a condenar en un discurso a Tito, el campeón del «comunismo nacional». Y Gomulka lo hizo, para que Polonia no se transformara en una nueva Hungría. Atacó a su amigo Tito y condenó la fórmula del comunismo nacional. Polonia volvió a integrarse de este modo en el sistema «monolítico» del imperio soviético. Poco después, a principios de julio 3.000 empleados de la República popular rumana, considerados como partisanos del titismo, han sido depurados, y muchos de ellos detenidos y deportados. La mayor parte de estos titistas rumanos ocupaban cargos importantes en el partido comunista.

El comunismo, igual que una serpiente, sigue devorándose a sí mismo. Mientras tanto, los que más padecen siguen siendo los obreros y los campesinos.

### *La ayuda capitalista a la economía soviética.*

Durante su visita a Praga, en julio de 1957, Krushev dijo lo siguiente, atacando a Tito y a Estados Unidos:

«La burguesía americana ha contribuido al establecimiento del socialismo yugoslavo... Pero la única ayuda que nos haya proporcionado Norte-

américa en aquel momento (Kruschev hacía referencia al comienzo de la revolución) era su intervención militar...»

Kruschev quería decir con esto que el socialismo yugoslavo subsiste merced a la ayuda masiva de Estados Unidos; que Tito, por consiguiente, es un traidor a la causa comunista, y al mismo tiempo, que los rusos hicieron su revolución sin pedir limosnas al mundo capitalista. Sin embargo, esto es una leyenda que la Historia puede desmentir sin dificultad alguna. En efecto, la ayuda norteamericana a Rusia no se ha producido sólo al principio de la revolución, cuando la intervención del Gobierno de Washington salvó a 25 millones de rusos amenazados por el hambre, sino siempre, en todas las fases de la historia de los soviets. La revista «Est et Ouest» establece las siguientes etapas de esta ayuda:

Durante el verano de 1921, cuando el hambre reinaba en Rusia y la región del Volga estaba más amenazada que nunca en su historia por la penuria de alimentos, debido a la sabia política económica del régimen, el mismo Lenin invocó desesperadamente la ayuda de todos aquellos que él mismo había atacado pocos años antes. Una conferencia de los países europeos, acreedores de Rusia, se reunió en París en 1921 y decidió ayudar al Gobierno comunista, si éste reconocía las deudas contridas por la Rusia zarista. Sólo los norteamericanos se decidieron a ayudar a la URSS sin imponer ninguna condición. El entonces secretario de Comercio, Henry Hoover, anunció que la «American Relief Administration» estaba preparada para ayudar en seguida a la población soviética. Desde septiembre de 1921 hasta julio de 1923 Estados Unidos gastaron para Rusia 60 millones de dólares, de los que 11 millones fueron entregados *en oro* al Gobierno de Moscú. Cuando la misión norteamericana abandonó Rusia, los dirigentes soviéticos agradecieron públicamente lo que Estados Unidos habían hecho para el país en uno de sus momentos más difíciles y sin preocuparse por su ideología.

Durante el período de aplicación del primer plan quinquenal, de 1928 a 1932, el Gobierno soviético se dirigió otra vez a los capitalistas occidentales, cuyos técnicos e ingenieros realizaron algunas de las obras más importantes previstas en dicho plan. He aquí unos cuantos ejemplos:

*Dnieprostroi*, gigantesca estación hidroeléctrica, obra del ingeniero norteamericano Hugh L. Cooper.

*Magnitogorsk*, una de las fábricas de acero mayores del mundo, obra de once ingenieros de la empresa «Arthur G. McKee Company», de Cleveland.

*Nijni-Novgorod (Gorki)*, la mayor fábrica soviética de automóviles, obra de Henry Ford.

*Stalingrad*, la mayor factoría de tractores en la U. R. S. S., obra de John K. Kalder, de Detroit.

Y durante la segunda guerra mundial, el material entregado a la URSS por Estados Unidos—material de guerra y mercancías—alcanzó la enorme cantidad de 11.000 millones de dólares.

Como se ve, las afirmaciones de Krushev en Praga son otra mentira más. Es fácil imaginarse lo que hubiera sucedido con el comunismo, o lo que sucederá, si fuese abandonado un día a su propia suerte, acosado por una economía catastrófica y por el deseo de libertad de los pueblos oprimidos.

JUAN DACIO.

